

“El canto de la raíz lejana”, de E. Subercaseaux

Con la materia de los sueños

La historia de un pueblo que no es pueblo, en el cual prima la atmósfera muy propia del registro de los fantasmas y el orden puro del enigma, de un lugar de fundación, lleno de mitos, que se llama Tapihue, lleva a Elizabeth Subercaseaux a componer una música que resultará extraña para todos cuantos aspiran a la novela mayor, pariente de la epopeya, y que trata de abarcarlo todo, llevando en sí mismo los sueños de un Adán y de una Eva primigenios y los sucesivos toques del Apocalipsis.

En *El canto de la raíz lejana* (Planeta, 107 págs.) no hay prisa, y la construcción, pura, severa, lenta y eficaz, sirve para sostener una historia en la cual todas las cosas van ocurriendo “desde” el interior de sí misma, en las formas de parentesco que los personajes admiten en la raíz del mito. Que de pronto alguien dude de cuanto ve o se proponga entender qué ocurre, *en verdad*, en tanto el inventario permite atesorar desde la estructura finísima del relato mismo hasta la presencia de los signos agoreros tan propios del mundo elemental que se acoge a las normas migratorias de las leyendas, de los mitos, de los sueños colectivos, es lo habitual en esta novela.

Es una prosa directa, pero llena de gradas, de alusiones, de sobreentendidos, los cuales van acercando los sucesos y obligándolos a comparecer, a cada instante; los perfeccionan, agregando un toque más, una tintura, un dato o un rasgo que permita ver cómo crece en el interior cada personaje. Si bien existen el monte, los quillayes viejos, la carreta o las murtillas, lo que se procura es cargar la modalidad animista que haga de cada elemento parte de la naturaleza y, al mismo tiempo, vía interior del relato que, ante todo, se *inventa*.

Porque de eso se trata: de inventarlo todo, de componer un mapa como quien confecciona una te-

la de araña en donde todo se halle previsto para la caza mayor. Aquí los hombres y las mujeres tienen, al igual que los animales y los árboles y las piedras y los ríos, la oportunidad de ser como dioses, contribuyendo a poner en orden un mecanismo de relojería. Elizabeth Subercaseaux posee un encanto muy peculiar, el de evitar la solemnidad del relato construido desde el exterior, desde un principio. Sugiere, enuncia, corrobora, con un solo fin preciso, el de evitar siempre que un desliz o un gesto inútil descabalen este universo. Y no acepta que las cosas queden en el aire.

¡Qué alegría reencontrarnos con la ausencia de privilegios en una historia, en donde cada cual vale lo que significa, sin ánimo de ver la sustancia desleída por mor del simbolismo! El gesto verbal es preciso, como un golpe al mentón: “Los muertos que no vuelven son los que no quieren vivir la última noche de su vida. Los que lo hacen es porque la última noche fue una noche blanca. La muerte se los llevó dormidos y regresan para vivir la otra mañana. Los muertos llegan al potrero y se sorprenden y miran hacia los lados, y se tocan las manos, y buscan la tetera y preguntan: ‘¿Dónde está mi cama?’. Nadie les contesta porque nadie está”. O bien, al irse de espléndida en espléndida, cómo no reconocer en este párrafo la solidez de un texto de excepción: “Entre la vida y la muerte hay una tela de araña tejida por dedos desconocidos... Sólo algunos muertos pueden traspasarla. Ir y volver... Cuando los siglos terminen habrá terminado todo. La tela se romperá y el mundo se irá volando vacío”.

Puede que alguien diga que le da lo mismo todo cuanto ocurre, que se “siente” en exceso la figura-



ción del “dónde” y del “siempre”, en el curso de los acontecimientos, pero no podría negar que en el corazón mismo de la historia hay una búsqueda capaz de hacer que lo blanco y lo negro, la sonrisa pura y el asombro, la vida elemental y la trascendente tengan un punto de encuentro. El relato se halla pulido hasta el límite, y en la delgadez buscada y encontrada se admiran la gracia, la elegancia, el fin de la palabra echada al voleo. Que los personajes y el mundo se parezcan a los de un orden propio de la muerte, en la línea del misterioso Juan Rulfo, es un mérito más. No hay, en verdad, otra cosa que agradecer este libro, leyéndolo sin prisa, picoteando aquí y allá, volviendo la página, una, dos, tres veces, hasta que estemos mirándonos de verdad con los personajes.

Sería ausencia de rigor, de cortesía, de finalidad, de entusiasmo, no prodigar el elogio de un libro de inevitable maestría, hecho con la materia de los sueños. ☺

Alfonso Calderón